

8 Mayo
1902



8 Mayo
1902

Año XVI

San José de Costa Rica, América Central

Núm. 332

LIBRERÍA ESPAÑOLA *

Imprenta y
Encuadernación

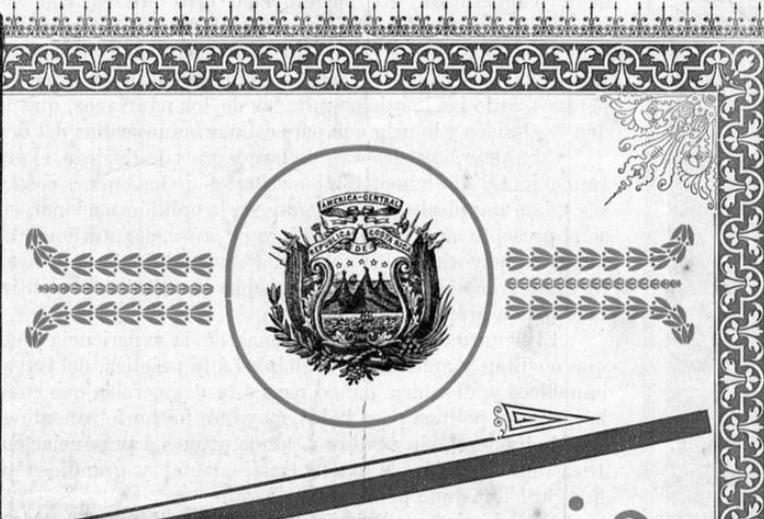
Casa fundada en 1884
por Don Vicente Lines

IMPRESIONES DE TODAS CLASES
PRECIOS ECONÓMICOS
TRABAJOS FINOS

María V. de Lines

Gran Biblioteca
de Autores
antiguos y modernos
Obras
de Enseñanza
Papeles y Sobres
en gran variedad
Toda clase de
útiles de escritorio

Aven.ª Central, N.º 42
Apartado 314
San José, C. R.



Número Extraordinario

en celebración
del advenimiento á la
Presidencia de la República
del Licenciado

DON ASCENSIÓN ESQUIVEL



DÍA 8 DE MAYO

UNGIDA por los óleos del sufragio, producto de una evolución de tangibles beneficios, aclamada por sus enemigos de ayer y por sus amigos tradicionales, reconocida por la sinceridad como persona de alta valía, en una situación desesperante de ansiedad y expectativa, aparece, radiante y serena, en la cumbre del Capitolio, la figura erecta del Lic. don Ascensión Esquivel, hombre de ley y de conciencia, de patriotismo nunca desmentido, de talento no puesto en duda, y de honorabilidad tan rigurosa que ha pasado hacia la primera magistratura, rompiendo, cual otro Moisés, con la vara mágica de su prestigio, el oleaje alborotado de la opinión nacional.

Aparece el señor Esquivel como el Salvador sobre la agitada superficie del Tiberiades, como un símbolo de redención y de esperanza, ante las inquietas miradas de los naufragos, que le tienden los brazos y lo aclaman para calmar las angustias del desastre.

Cúmplase hoy, después de largos años de refriega, el precepto fundamental que vinculaba los criterios de los buenos costarricenses y que impulsaba las corrientes de la opinión nacional; cúmplase el precepto de *alternabilidad en el poder*, satisfaciendo ampliamente la mayoría de las voluntades y sembrando en los espíritus fe inquebrantable en la regeneración económica y política que la Patria á grandes voces reclama.

El triunfo del Partido Nacional, de la experiencia y el saber que meditan y aplican los principios á la práctica, del trabajo que ennoblece y dignifica dando paso á la democracia que constituye la igualdad política para todos, es ya un hecho felizmente realizado. Mediante él, sin sombra de duda, vamos á presenciar en Costa Rica una evolución de lo más trascendental y grandioso para los fines altísimos que persigue la libertad.

Cuando aletargado bajo el peso del desaliento, abatido por la impotencia, débil por el agotamiento de sus energías, el espíritu público yacía encadenado á los pies del Poder, sin esperanza y sin fe, levantóse de pronto, cual otro Lázaro de su tumba, al mágico *surgite et ambula* del patriotismo, y, sobre la tabla de salvación que se le presentara, arriba ya el Derecho á la deseada orilla.

Encarna ese triunfo la personalidad del Lic. Esquivel, generalmente reconocida como una figura esbelta sin dobleces vergonzantes, como una cabeza luminosa é ilustrada y como un corazón robusto inclinado por natural nobleza hacia la Libertad, hacia la Justicia y hacia el Derecho de los hombres.

Tiene su historia grabada con lípidos caracteres en la vida de Costa Rica y ha suscitado, como todos los hombres superiores, corrientes encontradas de admiración y antipatía.

Las veces que se ha presentado en el proscenio de la política, su nombre ha nacido por brote espontáneo en la libre discusión de los criterios y ha provocado, también, la iracundia de la enemistad gratuita.

No es de la casta maldita de los redentores improvisados, ni de los reformadores de pacotilla que por sí y ante sí se consagran pontífices de un culto y elevan el canto litúrgico de fementidas promesas en el templo sagrado donde rezan de rodillas el candor y la ignorancia de las inexpertas multitudes.

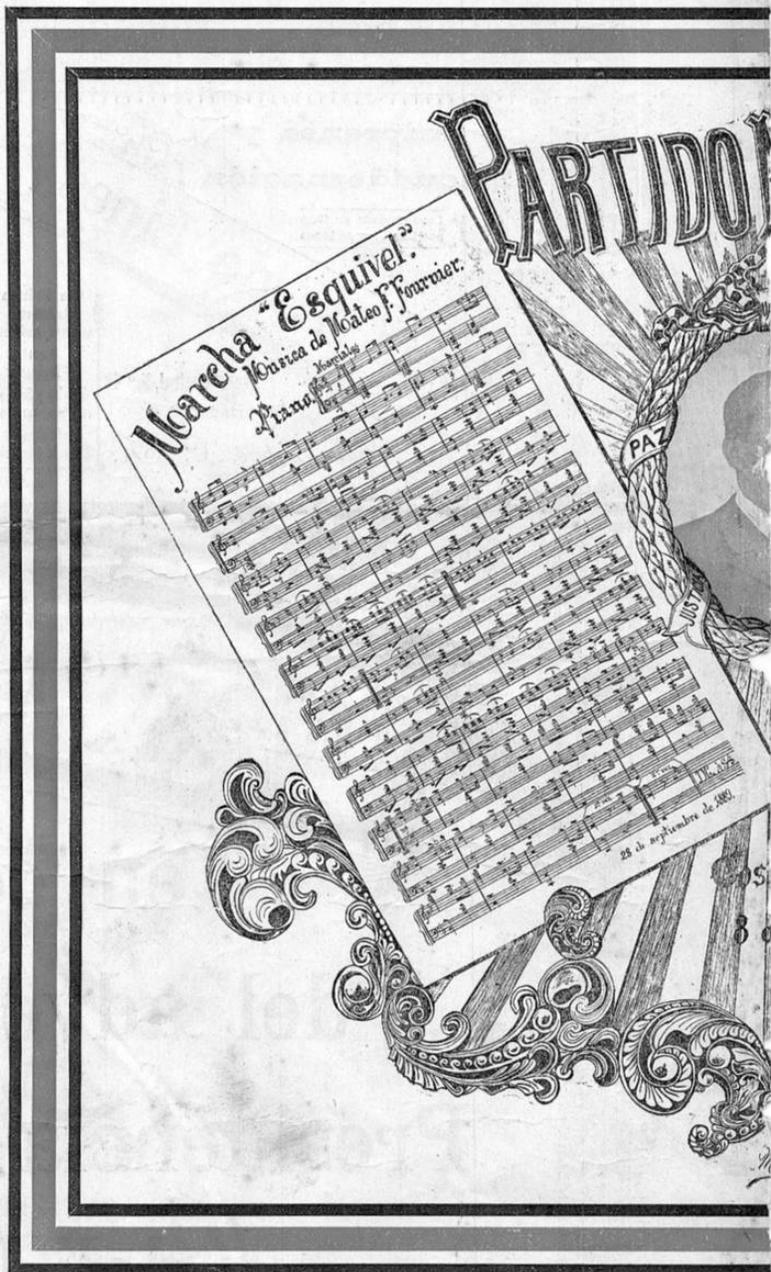
Nunca se ha presentado en la escena política con las extravagantes resonancias de los providenciales que tiranizan á Hispano-América. Y «no hay un solo providencial—ha escrito una pluma fulgurante—que no se presente como mártir, como redentor, como reformador, con un expediente arreglado y limpio en que resplandecen la seguridad y la buena fe. Los partidos se alucinan, se entusiasman, se apoderan de ellos como de un pendón, lo cargan en andas, lo llevan á la plaza pública, al debate, á las urnas y á los campos de batalla, en donde le rinden la obediencia de la sangre; después lloran lágrimas tardías de arrepentimiento cuando el providencial, desmascarado, hace de su bordón de peregrino un garrote para medirles las costillas á sus admiradores.»

El Lic. Esquivel, lejos de eso, es sobrio en promesas, de cabal integridad, serio y discreto hasta el punto de parecer adusto. Ignora el arte de la intriga y se manifiesta en toda su honorable rectitud cuando habla, cuando ejecuta y cuando manda.

Su personalidad, he dicho, no tiene una sola mancha de esas que, como la abdicación de principios—no la tolerancia que la idea liberal

encarna—rebajan la dignidad y deprimen el carácter. Como abogado, como juez y como estadista tiene ejecutorias de personalidad esclarecida; y si intentásemos compararlo con la generalidad de los políticos que gozan entre nosotros de una popularidad ocasional y transitoria, el señor Esquivel aparecería como un gigante á la par de figurillas filipinenses, como un sol radioso á la par de estrellas indecisas sepultadas entre nubes de tempestad.

Para impedir su advenimiento á la presidencia de la República se



ha dicho de él, con un criterio mezquino y localista, que es nicaragüense de origen. Del proceso jurídico respectivo se deduce que es genuinamente costarricense; y aun cuando no lo fuera, asombra el raquí que campea en esos sentimientos exclusivistas dentro de la vieja centroamericana. Evaristo Carazo gobernó felizmente á Nicaragua. ¿Objetaron acaso los nicaragüenses que Carazo no podía gobernar por haber nacido en Cartago? No, por cierto. Máximo Jerez les enseñó que la patria de los centroamericanos es la República real de 1824, la misma que defendiera Morazán con su espada y genio y la misma que han soñado los hombres más ilustres



DEL AÑO 1902

cinco diminutos jirones de la América Central, destinados á vivir, en el porvenir, unidos por los lazos federales, como lo están hoy unidos por la sangre, por sus condiciones geográficas, por sentimientos de confraternidad y por sus vinculaciones de historia.

Y para satisfacer las exigencias del localismo mezquino, basta recordar que el Lic. Esquivel puso todas las fuerzas de su talento, de su ilustración y de su habilidad, como Diplomático y como Secretario de Estado, para arrancar á Nicaragua las pretensiones que alimentaba

Quando en 1889 descendió del s6lio presidencial—donde tenía conquistado su triunfo—para disputar la victoria en el campo de la legalidad, procedió rectamente obedeciendo á los dictados de su conciencia—al imperativo categ6rico, que diría Kant—y al respeto escrupuloso á las instituciones.

Quienes le juzgan como un codicioso sin escrúpulos, como un pretendiente sagaz, no son capaces de apreciar ese rasgo de rectitud, de hombría de bien y de valor cívico; porque la tentación es muy humana y ha menester una impenetrable coraza de carácter para no ceder á las tentaciones del mando, apenas probados sus placeres, y para esperar impassible el fallo de los pueblos.

Quienes niegan sus virtudes olvidan, acaso, la firmeza de espíritu del juez que resiste con serenidad imperturbable las órdenes arbitrarias de un poder dictatorial.

Quienes deprimen sus méritos olvidan que él está reconocido virtualmente como uno de los juriconsultos más ilustres de la América Central, y no recuerdan sus constantes empeños para establecer sobre bases sólidas é independientes la administración de justicia, y su activa y pertinaz colaboración en la gran obra jurídica realizada durante el Gobierno del Lic. don Bernardo Soto.

Juzgar con vituperable ligereza á los hombres de más valía y de bien caracterizados contornos, es obra natural de la envidia democrática y de la pasión ciega, de la misma pasión y de la misma envidia que atajaron el paso al sabio inmortal José Cecilio del Valle cuando iba en ascensión gloriosa hacia el Capitolio después de haber firmado el acta de independencia de Centro América.

El pueblo de Costa Rica, al consagrar en las urnas electorales al Lic. Esquivel, ha sabido reparar, si cabe, sus errores de 1889, cuando embriagado por cantos de sirena, dictó un fallo adverso para el entonces candidato del Partido Liberal, y se entregó en cuerpo y alma en los brazos halagadores del engaño.

¡Bien por el pueblo y bien por los liberales de aquella jornada inolvidable!

..

Pensar en la obra que realizará en breve el Partido Nacional, hoy victorioso con el Lic. Esquivel á la cabeza, es oportuno en estos momentos para afianzar más la fe y el entusiasmo de nuestras almas. Atraer todas las buenas voluntades y las buenas ideas á un centro común en donde se elaboren las columnas que ha de sostener el edificio de la República; preparar el terreno para que los principios de libertad y de justicia que informan el genuino liberalismo predicado por apóstoles desde épocas ya lejanas, germinen y se desarrollen con vigor; poner en manos del pueblo los medios de alcanzar el ideal de su redención, al amparo del sufragio libre, de la opinión fortalecida é ilustrada, del respeto á la ley—que es el escudo de todos los derechos—y de la paz—que es el astro á cuyos fulgores la ley brilla y se purifica y se engrandece—: he ahí la obra que al partido triunfante está encomendada; partido cuyos elementos integrales son: el saber, el mérito real bien aquilatado y la tolerancia que constituye el preludio de la civilización del siglo xx, el lazo de unión de todos los corazones y de todas las inteligencias que se disgregan, se combaten y aniquilan unas á otras cuando predominan la irreflexión, el odio y la intransigencia.

El Partido Nacional, por los elementos que lo forman y por las ideas que lo inspiran, por la experiencia que lo dirige y por la sensatez que lo distingue, enarbola hoy, sin jactancia ridícula y sin mistificaciones indignas, la hermosa, la excelsa bandera de la

Patria, porque él persigue la evolución que transforma los montes en llanuras, las teorías humanitarias en tangibles realidades, al influjo lento, tranquilo, pero irresistible del progreso humano, sin impacencias infantiles, sin convulsiones pavorosas y sin anárquicos trastornos, que cambian, modifican ó arrasan, pero que no construyen, que no organizan, que nada hacen sólido y duradero como han de serlo las instituciones de un pueblo que desea ser libre bajo al arco de alianza de la fraternidad y de la paz.

Tobías Zuñiga Montufar



Marcha "Esquivel." Poesía de Emilio Pacheco Cooper.

I.
Caro los honrados de grata alegría
al digno caudillo de gran corazón
al jefe que aclaman con noble heróica
los hombres que anhelan la paz y la Unión.

II.
El pueblo glorioso que en noble fe
cintó en su frente corona inmortal
unida que brilla, que triunfa la idea
del digno partido "La Unión Liberal".

III.
Queremos ansiosos que siga el progreso
circulando á la patria por sabrosos
que nunca el odioso fatal se troceó
consiga ineluctable su luz extinguir.

IV.
Ya el pueblo despierta sacude la frente
que allá en Santa Rosa vino de laurel,
por eso levanta, levanta ferviente
el grito entusiasta de ¡Viva Esquivel!

V.
Nuestra arma formada que hará la victoria
radiante fulgura con noble esplendor;
se llama la idea, su enseña es la gloria:
la gloria, el progreso la paz y el honor.

28 de septiembre de 1889

P. Pacheco

sobre el territorio de Costa Rica, zanjando ventajosamente la tradicional disputa por cuestión de fronteras.

Quienes le han combatido por las diversas manifestaciones de su pública, le juzgan como un espíritu audaz y sin escrúpulos.

Lejos de nosotros la idea de cebarnos en los vencidos: hoy todos nos olvemos en los pliegues de la bandera nacional, y los odios suscitados por el dolor de la lucha deben refrescarse en las aguas del olvido; pero diremos, en el campo de las serenas discusiones, que los más rigurosos enemigos del señor Esquivel no han apreciado como es debido, con exactitud imparcialidad, las diversas manifestaciones de su conducta pública.

Nuevos horizontes

Al saludar en este día, con júbilo y entusiasmo, la aurora de un nuevo régimen de gobierno, que nace con los auspicios más halagadores para la realización de las loables aspiraciones del patriotismo, ha de sernos lícito expresar el deseo de que la fiesta que hoy celebramos lo sea de conciliación y armonía, de concordia fraternal y de olvido generoso de los comunes extravíos a que las contiendas políticas son ocasionadas. Porque si hay algo que oscurezca el brillo de una victoria es el inhumano egoísmo y la sarcástica algazara del vencedor orgulloso, que no se acuerda del respeto y consideraciones a que es acreedor el vencido, ni de que la fortuna, siempre inconstante y voluble, vuelve la espalda a cada paso a sus favorecidos, cambiándolos sin cesar con el inquieto afán de caprichosa cortejana. Y porque en este caso, el nombre de *Partido Nacional*, adoptado por los que obtuvimos mayoría en las elecciones, nos impone la conducta que aconsejamos, como consecuencia de los principios que hemos proclamado y que es oportuno recordar, para que no se entienda que los ponemos de lado, como con frecuencia sucede, en los umbrales no más de la escena que va a desarrollarse. El Partido Nacional surgió al empuje de pensamientos que tenemos por muy elevados, cuales son: el de borrar las divisiones que existían entre dos círculos políticos, ambos deseosos de gobernar solos, con perjuicio manifiesto para el bien de la nación; el de atraer al rededor del mandatario el concurso de todos los sentimientos honrados, de todos los sanos propósitos, en una palabra, de todo lo más útil, por selecto y valioso, en punto de aptitudes, saber y espíritu cívico; el de formar un gobierno exento de todo exclusivismo sectario y de todo intento de preponderancia injusta, un gobierno que se acerque al eximio ideal republicano. El Partido Nacional no es, pues, lo que en rigor se puede llamar un partido político, que profesa credo especial suyo y que trabaja por alcanzar el Poder para poner en práctica sus artículos de fe, con prescindencia de lo que opinen y crean aquellos que no militaron en sus filas y a los cuales como que arroja de su lado. De ser tan estrechas las ideas del Partido Nacional, no tendría la significación e importancia que le damos, en orden a la rectitud y grandeza de sus miras y a los beneficios que está llamado a reportar; y el gobierno de ese partido no podría menos de infundir recelos e inquietudes a quienes estuvieren en campo opuesto; inquietudes y recelos que no tienen fundamento, hoy, porque dado el concepto que envuelve la palabra *nacional* y las tendencias que al organizar la agrupación que ostenta este nombre se manifestaron, su triunfo desvanecería la idea de vencedores y vencidos, para abrir paso a la de costarricenses. Y esto es lo que produce en mayor grado nuestro júbilo, porque así damos al mundo, con todo y nuestra escasa significación, un ejemplo de senatez, magnanimidad y republicanismo, que no es imitación de otros pueblos modernos y que sí puede imitarse con gloria para la humana especie. Porque en tanto que a nuestro alrededor se ofrece el espectáculo de discordias intestinas, de revoluciones sangrientas y de odios fratricidas, Costa Rica se empeña en enlazar todas las manos y todos los corazones y todos los sentimientos y virtudes de sus hijos, logrando, al fin, éxito feliz en su tarea nobilísima, sin conmociones y sin sacrificios.

Y ese triunfo del Partido Nacional es tanto más hermoso y digno de celebrarse con general entusiasmo, cuanto que no cede en menoscabo de nadie, ni a nadie causa humillación ó desdoro: es el triunfo de un mismo principio, de un ideal común a los dos bandos contendores. Por eso deseamos que se festeje con hidalga cordura, para que de hoy más reinen inalterables entre los costarricenses, sin distinción de colores políticos, la armonía, la paz y la fraternidad más sincera. Echemos, pues, un velo sobre el pasado, y más especialmente sobre nuestras rencillas y agravios, y, unidos todos, vamos a contribuir,—por lo menos con nuestra prudencia y amor a la justicia, al orden y a la ley,—a la obra difícilísima que toma a su cargo el nuevo gobierno, en tanto no se aparte del camino de la justicia, del orden y de la ley. Y que seamos sus mejores amigos los primeros en indicarle cuándo se sale del sendero, en vez de poner sobre sus ojos la venda acurciadora, pero funesta, de torpes adulaciones y pérfidos consejos.

más justo renombre en el país, y acaso en todo Centro América, sino también esclarecido hombre público, de intachable reputación, de sólido y bien cultivado entendimiento y de acendrado civismo. Liberal por convicción, pero sin la rígida intolerancia de muchos, que caen en los mismos errores que combaten, está en condiciones de hacer gobierno de conciliación y de evolución, de respeto y libertad para las conciencias y de acatamiento a la opinión pública y a la ley. Esto nos hace confiar que contribuirá, con esfuerzo y decisión inquebrantables, al afianzamiento de un régimen institucional y de progreso constante que sea factor de la felicidad de su patria.

Nada sabemos de cierto acerca de quienes serán los colaboradores del Licenciado Esquivel en su gabinete. Mas hemos oído pronunciar nombres que resuenan muy gratamente en nuestro corazón, por ser los de personas muy dignas y honorables, de vasta ilustración y relevantes dotes para el desempeño de tan altos cargos.

Con tan buenos elementos y vistos los auspicios con que se inaugura la Administración del Lic. Esquivel, será por todos conceptos beneficiosa y conforme con las justas aspiraciones del patriotismo.

Saludamos respetuosamente al nuevo gobierno, deseándole el mayor acierto en todos sus actos, para que así pueda llenar cumplidamente la ardua misión que le ha sido encomendada.

Juan M. Murillo.

San José 8 de mayo de 1902.

El Licenciado Don Ascensión Esquivel (Fragmento de un discurso)

PARA un escrutador de almas la figura del señor Esquivel simbolizaría esta síntesis: la rectitud. Es franca su mirada y franco su ademán, imperiosa su palabra por estar llena de convencimiento, mesurada habitualmente, llena de calor cuando discute, porque la animan las nobles pasiones de la idea. La distinción que posee desmentiría el humilde origen de su cuna si no se tuviese ya por cierto que hay espíritus aristocráticos por naturaleza y que nada hay más privilegiado que la alcuria intelectual.

El señor Esquivel ha demostrado que la inflexibilidad no es sólo una condición corporal de su persona sino también una cualidad de su carácter. El observador más superficial, en fin, descubre en él algo raro y aparte de los demás, seguro presagio de los triunfos de su carrera.

Se ha disputado el origen de su nacionalidad con encarnizamiento desde 1889, y aunque este es un argumento anémico y teñido de mala fe, bueno es protestar contra él una vez más. La juventud cree, como yo, que don Ascensión Esquivel es costarricense; pero tampoco sería muy escrupulosa por cuestión de fronteras dentro de la patria centroamericana. Nuestra juventud olvidó ya las rencillas de la Federación y hasta la aventura del General Barrios, porque ella se congrega en los jardines de Morazán y porque con gusto proclamaría ciudadanos Beneméritos a Jerez y a Barrundia si existieran. Nuestra juventud ha leído la epopeya de la historia patria, la campaña contra Walker, en las páginas de Montúfar.

Todos conocemos la primera muestra de hidalguía del joven Esquivel, juez enérgico que prefirió marchar a pie a Cartago, antes que doblegarse a exigencias indebidas. Todos admiramos al ministro del gobierno de Soto, verdadero jefe de gabinete, semejante a los que nos muestran los gobernantes parlamentarios, influyente por sus luces, tolerante, afable, activo, cabeza alta y luminoso de la joven generación, que en un período de cinco años repara las lentitudes y los yerros de las administraciones pasadas.

Y como ejemplo brillante de rectitud política, basta recordar de la lucha electoral de 89, el episodio del 10 de agosto y su epílogo del 7 de noviembre, en que el señor Esquivel, gracias a la fortaleza que desplegó ante la tentación, supo conquistar el título indiscutible de hombre de ley.

Pasa después doce años retraído, dedicado al estudio, al trabajo, a la meditación de las instituciones jurídicas en que no ha dejado de colaborar y una sola vez interviene en la gestión de sagrados intereses nacionales: me refiero a la misión de Bogotá en 1896, misión delicada que fue encomendada al señor Esquivel por consejo de distinguidos

hombres de Estado y que fue cumplida con tacto perfecto, de acuerdo con las instrucciones recibidas y como si toda su vida hubiera sido dedicada a la diplomacia.

Durante ese largo período de aislamiento, el señor Esquivel ha demostrado, como lo reconocen todos sus enemigos políticos, gran desinterés y elevación de tendencias, y sólo los ciudadanos de virtud acriolada reciben testimonios de esta naturaleza exentos de parcialidad.

Me recuerda el señor Esquivel, por sus circunstancias actuales, al fundador de la tercera república francesa, Ministro del buen rey Luis Felipe, abandona el poder y se consagra a escribir la historia durante todo el período del segundo imperio, hace una corta aparición parlamentaria marcada por su oposición a la guerra del 70 y después se ve designado por todas las manos de la Cámara y aclamados para ocupar el solio de la República recién proclamada. Esa designación fue justa y merecida por los patrióticos trabajos de M. Thiers y por la firmeza de su puño de hierro que iba a salvar del naufragio el barco comprometido por la borrasca.

Y no se diga como en otras partes que los hombres superiores son peligrosos en el poder, teoría que por desgracia se practicó en Francia con Gambetta y Ferry, y en la República Americana, con Mr. Blaine, que sirve de pedestal a las mediocridades, que aquí mismo alejó a don Julián Volio, en varias ocasiones, del puesto que merecía y que ha impedido hasta ahora al más simpático de nuestros jóvenes repúblicos abrirse paso hacia el Capitolio.

Rechacemos esos miedos de dictaduras intelectuales con la indignación que nos produce todo lo ruin, volvamos la vista hacia el señor Esquivel, y tengamos fe en ese hombre superior que ha de salvar a su patria de la aflictiva crisis que hoy la tiene postrada.

Alejandro Alvarado h.

San José, Noviembre de 1901.

nebroso del umbral frío de la muerte. Ya en Marzo de ese mismo año había recibido las órdenes, poco tiempo después el curato de Liberia y de San Ramón, en los cuales desplegó siempre eximio talento progresista.

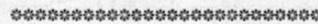
Magníficamente se graduó después de Doctor en Cánones. Admirablemente ocupa luego la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Santo Tomás.

Y hé aquí que tras un breve deánato ha sido ascendido al digno rango de Obispo de Costa Rica.

La voluntad nacional ha sido con esto atendida por lo cual se complace satisfecha.

Nada tan hermoso como este anciano, objeto de todas las consideraciones sociales de aprecio y de respeto.

Costa Rica besa reverente el anillo de su Señoría Ilustrísima.



PODER EJECUTIVO

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Don Ascensión Esquivel

Secretario de Relaciones Exteriores
Justicia, Gracia, Culto
Beneficencia é Instrucción Pública

Don Leonidas Pacheco

Secretario de Gobernación
Policía y Fomento

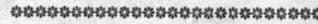
Don Manuel J. Jiménez

Secretario de Hacienda y Comercio

Don Cleto González Víquez

Secretario de Guerra y Marina

Don Tobías Zúñiga



PODER JUDICIAL

CORTE DE CASACIÓN

PRESIDENTE

MAGISTRADOS

Lic. Don Alejandro Alvarado

» Don Manuel Vicente Jiménez

» Don Juan Federico González

» Don Ramón Loría Vega

SALA PRIMERA DE APELACIONES

PRESIDENTE

Lic. Don Marcelo Brenes

MAGISTRADOS

Lic. Don Alberto Brenes Córdoba

» Don Benito Serrano

SALA SEGUNDA DE APELACIONES

PRESIDENTE

Lic. Don José Astúa Aguilar

MAGISTRADOS

Lic. Don Ramón Bustamante

» Don Manuel Herrera